

XI Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2015.

Empastillados. Medicalización en dos novelas de Marcelo Cohen.

Tatiana Maltz y Hernán Maltz.

Cita:

Tatiana Maltz y Hernán Maltz (2015). *Empastillados. Medicalización en dos novelas de Marcelo Cohen. XI Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-061/101>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

XI Jornadas de Sociología
“Coordenadas contemporáneas de la sociología: tiempos, cuerpos, saberes”
Carrera de Sociología, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires
13 al 17 de julio de 2015, Buenos Aires

Título de la ponencia:

Empastillados. Medicalización en dos novelas de Marcelo Cohen

Autores:

Tatiana Maltz (FCS-UBA). Correo electrónico: tatimaltz@hotmail.com

Hernán Maltz (CONICET-UBA). Correo electrónico: hermaltz@gmail.com

Resumen:

Entre los múltiples espacios para la reflexión que ofrecen los textos de Marcelo Cohen, en este ensayo deseamos detenernos en un aspecto particular que figura como trasfondo en dos de sus novelas, *Balada* (2011) y *Gongue* (2012): la medicalización en la vida cotidiana. La referencia remite específicamente al *Apagámex*, curiosa y naturalizada pastilla que consumen los personajes del Delta Panorámico (espacio donde tienen lugar las ficciones del escritor). Visión prospectiva de la medicalización totalizante, procuramos acercarnos al problema a través de dos vertientes. Por un lado, recapitulamos algunos ejemplos de medicalización e ingesta de fármacos en la literatura argentina, e intentamos ver la especificidad del *Apagámex* en ese marco. Por otro, pretendemos recortar el *Apagámex* de la obra que surge y glosarlo según la perspectiva teórica proveniente desde el campo de la sociología de la salud.

Palabras clave: Marcelo Cohen - literatura argentina - medicalización - pastillas - fármacos

I. ¿Quiénes se empastillan en la literatura argentina?

Si nos interesamos por la ingesta de pastillas en la literatura argentina, encontramos una referencia importante a fines de la década del sesenta con la publicación de *Los suicidas*, de Antonio Di Benedetto, en cuyo final se nos muestra un “frasco de [...] tabletas” (2006: 196) para consignar el suicidio de Marcela. De una manera más retorcida, el consumo de un medicamento casero también se conecta directamente con la muerte en el cuento “Margarita y el poder de la farmacopea”, de Adolfo Bioy Casares. En esta historia, la protagonista ingiere dicho medicamento y como resultado mata y come a sus familiares. En *Glosa*, de Juan José Saer, hallamos un empleo más *político* de la pastilla: en una prolepsis de la novela se vaticina el porvenir de Leto como guerrillero, así como su decisión de tragarse una píldora para acabar con su vida, antes de perderla ante los militares que lo persiguen. Desde luego, estos tres ejemplos no nos permiten extraer conclusiones generales, pero sí nos avalan a enfatizar un vínculo que, bajo diferentes modalidades, conecta las pastillas con la muerte.

Avancemos unos años hacia nuestros días y observemos algunas ficciones más recientes que abarcan, central o lateralmente, el consumo de pastillas. A partir de la década del noventa, hallamos una variedad de textos en los que la ingesta de píldoras se circunscribe no a un itinerario hacia la muerte, sino a trayectorias y ciclos vitales. Esta proliferación de pastillas en torno a la vida adquiere múltiples formas: muchas veces ligadas al ocio, pero asimismo a rutinas, obligaciones e incluso consumos tan internalizados que ya se presentan como “naturales”. En *El congreso de literatura* (1997) y *La villa* (2001), ambas novelas de César Aira, se nos presenta la “proxidina”, objeto de consumo de los pobres pero también de los intelectuales con mayor refinamiento burgués. El propio narrador de *El congreso de literatura*, identificado claramente con la figura de Aira, rememora las “alteraciones perceptivas” (2012: 68) que le generaba la droga, sobre la que confiesa su adicción en un tiempo pasado: “[...] Todo lo cual, sumado, me llevó a consumir drogas (fue la única vez que lo hice en toda mi vida). Me hice adicto a la proxidina, y tarde o temprano habría muerto de una sobredosis, tanto abusaba de ella, si no hubiera encontrado la salida al fin” (2012: 67-68). Los “bajos fondos” de *La villa* como ámbito de presencia de drogas los encontramos exacerbados en *Entre hombres* (2001), de Germán Maggiori, novela en que hay desde la primera página un uso sistemático de drogas: “Marilú [...] sacó de su pequeña cartera un papel de cocaína y se sirvió dos toques con la uña larga y curva del

dedo meñique” (2001: 13). En la historia hay una proliferación de drogas “suaves” y “duras” que se usan mezcladas con alcohol: Garmendia se prepara un “cóctel de Rivotril y ginebra” (2001: 331), y en general hay una advertencia sobre la potencia dañina de esas combinaciones: “El ácido es una droga que hay que manejar con mucho cuidado, combinada con marihuana, cocaína, tranquilizantes y tequila causa los estragos más curiosos” (2001: 343). Pero, en este caso, se trata de consumos que homogeneizan a todos sus personajes: no sólo los cuatro amigos que juegan al *pool* en un tétrico bar del conurbano bonaerense; también políticos y altos funcionarios públicos participan y exaltan dichos consumos: *Entre hombres* puede ser leída como síntoma de toda la década del noventa, y en ella los consumos de pastillas, drogas y alcohol se remiten tanto a los “bajos fondos” como a las “clases distinguidas”.¹

Otros textos más recientes abren otro camino en el consumo de píldoras, con la imagen de una “clase media” que ya muestra una clara incorporación de fármacos y automedicalización, así como de consumos más ligados al ocio. No se trata de casos en los que la medicalización aparece en la ficción como consecuencia de la enfermedad, como sucede, por ejemplo, en *Hablar solos* (2013) de Andrés Neuman. Al contrario, la automedicalización y los usos en torno al ocio constituyen dos tipos de práctica que se cierra sobre sí misma. Un ejemplo que combina estas dos posibilidades es *Electrónica* (2014) de Enzo Maqueira. Si bien esta novela pondera el uso tanto de drogas “blandas” (marihuana) como “duras” (éxtasis, ketamina) en torno al ocio, también contempla un uso “médico” e interiorizado de fármacos: la profesora toma clonazepam para tranquilizarse.² Varios años antes, contamos con la publicación del cuento “Alplx”,³ de Martín Rejtman, incluido en *Literatura y otros cuentos* (2005). Ya el título del relato nos advierte una presencia que constituye el trasfondo de los hábitos de los personajes, con rutinas cuyo sentido se configura y acaba en la misma práctica. Esta práctica recursiva e interiorizada se inscribe en el ciclo vital alienado de los personajes de Rejtman: Ana no ingiere una pastilla porque se siente

¹ La novela de Maggiori, además de síntoma de una época, fue víctima de ella: recordemos que fue publicada originalmente en agosto de 2001, poco tiempo antes del estallido social que se produjo en el país a fines de ese mismo año. En el contexto de caos social, *Entre hombres* cayó en el olvido –si no pasó directamente desapercibida– y recién fue “recuperada” en 2013, en una nueva edición a cargo de la editorial Edhasa.

² *Electrónica*, al igual que la novela de Maggiori, puede ser leída como “diagnóstico” (valga la polivalencia de la palabra en este contexto) de una época. Sin embargo, si Maggiori “capta” el “espíritu” de la corrompida década menemista (la década del noventa), en la novela de Maqueira podemos percibir cierta tensión en la profesora, pues este personaje, en tanto sujeto histórico, resulta en parte quebrado por dos coyunturas distintas: la década del noventa, signada por la frivolidad exacerbada y la moda del consumo, en contraste con la posterior etapa de gobierno kirchnerista (desde 2003), en la que podemos reconocer la presencia de un cambio, al menos en un nivel que irresponsablemente denominamos como “ambiente cultural argentino”.

³ “Alplx” es un nombre comercial de la droga Alprazolam, que se emplea para tratar problemas de ansiedad.

mal, sino que simplemente *lo hace*, y en ese mismo acto se agota el significado de la acción.⁴ O al menos se agota desde la perspectiva individual de los individuos. Pues, si tratáramos de extraer una razón social de este comportamiento, tendríamos que remitirnos a los efectos concretos del Modelo Médico Hegemónico (Menéndez, 1990), y en ese caso podríamos contemplar esas prácticas que acaban en sí mismas como indicadores del gran calado en las mentes humanas de un modelo ideológico de medicina que induce a los cuerpos a la automedicalización irreflexiva. Como decía Karl Marx en *El Capital*, a propósito de la actitud fetichista de los individuos frente a la mercancía: “No lo saben, pero lo *hacen*” (2010: 90; énfasis del original).

El uso de las pastillas en las obras de Rejtman, en su carácter de práctica recursiva irreflexiva, resulta un terreno fértil para pensar un punto de comparación con las novelas de Marcelo Cohen que abordamos en este escrito, *Balada* (2011) y *Gongue* (2012). En ambos autores, el consumo de píldoras tiene lugar como trasfondo de las historias narradas, aunque su relevancia es crucial. Ambos construyen personajes alienados que tragan pastillas sin mayores motivos que la propia ingesta. Sin embargo, la perspectiva futurista (o, al menos, de ciencia ficción) de Cohen añade nuevos ribetes al asunto, y de ellos deseamos ocuparnos.

En el mundo fictivo de Cohen tenemos una circulación dineraria, presencia de pobres y ricos, relaciones asimétricas de explotación y, en suma, propiedad privada. Si estos elementos nos hacen pensar en un mundo que posee las características esenciales del modo de producción capitalista, el Apagámex (fármaco legal presente en *Balada* y *Gongue*) se constituye como un indicador de un sistema de salud que podemos, asimismo, comparar con el paradigma del sistema médico imperante en nuestro orden social capitalista de comienzos del siglo XXI. De este modo, y dado que ya mencionamos en este primer apartado al Modelo Médico Hegemónico, consideramos pertinente y necesario realizar un breve compendio de este paradigma, así como destacar la importancia que en él tienen los procesos de medicalización.

II. ¿Quiénes se empastillan en el orden social capitalista del siglo XXI?

⁴ Al menos no hay ningún indicio en el texto que dé cuenta de las motivaciones o la voluntad del personaje para explicar su acción. Sí podemos hallar una explicación algo más desarrollada en la película de Rejtman *Los guantes mágicos* (2003), en la que encontramos elementos más definidos que conducen a la automedicalización.

Foucault define el vínculo del Estado moderno con la medicina como una *somatocracia*: “Vivimos en un régimen en que una de las finalidades de la intervención estatal es el cuidado del cuerpo, la salud corporal, la relación entre las enfermedades y la salud” (Foucault, 1976: 20).

La medicina se transforma en un discurso disciplinario a través del saber generado por la clínica moderna, basada en la Anatomía (de tipo mecanicista, destinada a reparar partes dañadas del hombre-máquina causadas por las enfermedades) y la Patología (que organiza un clasificación de las enfermedades que pueden dañar o destruir a esa máquina) (Luz, 1997). Esta medicina científica es la base práctica y teórica del Modelo Médico Hegemónico que logra identificarse como la única forma de atender la enfermedad. Este modelo es legitimado por sus conocimientos científicos y por el Estado burgués, del que refleja sus características estructurales: organización jerárquica, asimétrica, clasista y racista (Menéndez, 1990).

La articulación de este modelo con el modo de producción capitalista se da a través de sus principales funciones institucionalizadas. En primer lugar, las funciones curativa, preventiva y de mantenimiento. En segundo lugar, funciones de control, normalización y legitimación. En tercer lugar, la función económico-ocupacional.

Uno de los rasgos que merece especial atención de este modelo (y que atraviesa todas sus funciones) es el proceso de creciente medicalización de los cuerpos. Nos referimos a la expansión del discurso médico por sobre el resto de las esferas de la vida (no sólo con lo vinculado a la salud-enfermedad), quedando subordinadas a la normativa médica científica. De este modo, la medicina amplía su campo de acción y se convierte en un poder autoritario que pretende limitar, regular o eliminar el comportamiento anormal socialmente definido. El Estado moderno se convierte así en un "*Estado médico abierto*" pues la medicalización es creciente e indefinida (Foucault, 1977; Conrad, 1982).

La medicalización se profundiza aún más al vincularse con otro proceso: la mercantilización. La medicina se entrelaza con la economía en una nueva forma, ya no sólo para producir y reproducir la fuerza de trabajo, sino que la salud se convierte ella misma en una mercancía, fabricada por laboratorios farmacéuticos y consumida por los enfermos, tanto posibles como reales (Foucault, 1977). De este modo, la construcción social de los problemas de salud “es reemplazada por la construcción corporativa de la enfermedad” (Stolkiner y Ardila Gómez, 2012: 64).

Faraone (2010) retoma a Szasz para dar cuenta de una visión radical de este proceso de medicalización. El autor nos habla de una “farmacracia” para dar cuenta del vínculo establecido entre la medicina y el Estado. Szasz entiende la medicalización como una estrategia semántica y social, ni médica ni científica, que abarca a la población en su conjunto. Se trata de una situación más compleja que en el pasado pues todos podemos vernos involucrados en el proceso de medicalización, ya no recae sólo sobre aquellos marcados socialmente como enfermos.

Resulta interesante rescatar algunos de los cuestionamientos que Conrad plantea ante la medicalización en tanto control social. En primer lugar hace notar que esta expansión ilimitada de la jurisdicción de la medicina se realiza sin analizar su capacidad para tratar estos problemas adecuadamente (podría vincularse esto con el crecimiento de la industria farmacéutica). En segundo lugar, la medicalización supone la neutralidad moral de la medicina (cuyo fin único sería el bienestar del sujeto enfermo), hecho ficticio pues la medicina (como ya se explicitó reiteradas veces) refleja el orden moral de la sociedad que la gesta. En tercer lugar, los problemas humanos y sociales se profesionalizan e individualizan. En otras palabras, se delega en los expertos médicos la atención de los mismos, ignorando o minimizando la naturaleza social del comportamiento humano (Conrad, 1982).

Para Foucault e Illich, el gran problema que trae el proceso de medicalización es la iatrogenia positiva: “los efectos médicamente nocivos debidos no a errores de diagnóstico ni a la ingestión accidental de esas sustancias, sino a la propia acción de la intervención médica en lo que tiene de fundamento racional” (Foucault, 1976: 22). Illich problematiza esta cuestión y concluye que la medicina termina convirtiéndose en una amenaza para la salud: “La sociedad ha transferido a los médicos el derecho exclusivo de determinar qué constituye la enfermedad, quién está enfermo o podría enfermarse, y qué cosa se hará a estas personas” (Illich, 1978: 13).

III. ¿Quiénes se empastillan en el Delta Panorámico?

Balada y Gongue, más allá de sus posibles y necesarias lecturas en el conjunto de la obra de Marcelo Cohen y en el Delta Panorámico (espacio fictivo-futurista donde el autor desarrolla sus historias), pueden ser leídas como dos muestras de trayectorias vitales distintas pero con el

denominador común de la medicalización.⁵ Lerena Dost, protagonista de *Balada*, y Gabelio Támper, de *Gongue*, son seres que habitan sitios completamente distintos en el Delta Panorámico: no sólo en lo que respecta a la geografía, sino también en la posición social, económica, cultural. Lerena Dost es una trabajadora calificada: “era jefa de analistas de cuentas en una administradora de inversiones en lugares paisajísticos” (2011: 12). Sin embargo, es despedida por manipuladora. La misma razón emplea su novio transitorio para cortar el vínculo, a lo que se suma el hecho de que su madre no la quiere ver. Gabelio Támper es un pobre trabajador de un linaje de vigilantes (que responden a la tradición del “Custodio”).

En sus vidas paralelas, ambos consumen una peculiar pastilla que explicita sus efectos en su propio nombre: Apagámex.

Balada refiere la historia de un viaje que emprende Lerena, junto a Boti (apodo de Suano Botilecue), su ex-novio y psicólogo que trabaja en el servicio público asistencial de salud del Estado, centrado en la atención a los pobres. Lerena, luego de los despojos sufridos, al bajar en un ascensor oye al pasar un número que juega a la lotería y gana: se hace millonaria. Se propone como meta encontrar a la persona de la que oyó ese número (Dielsi Munava), y para eso persuade a Boti de que la ayude. En el marco de ese viaje que emprenden juntos, observamos en Lerena una compulsión a consumir Apagámex, compulsión que, por lo que leemos, lleva la marca interiorizada del hábito. La pastilla ya figura en el propio reencuentro con Boti. Lerena debe explicar el motivo de que lo busque (pues se nos refiere una ruptura en la que Boti perdió no sólo el vínculo amoroso, sino que su carrera profesional resultó afectada), y ante la dificultad de empezar a contar el corte con su último novio, se traga un Apagámex. Ante esto, Boti comenta: “Eso [...] va a servirte para aniquilar lo único importante que tengas para *decirte*” (2011: 18;

⁵ Además, podemos pensar otros denominadores comunes que refuerzan la lectura conjunta de las novelas: en un nivel temático, tenemos la convivencia entre ricos y pobres: Lerena busca a Boti en un refugio de pobres, mientras que Gabelio es un pobre que vigila la propiedad privada de su jefe; otro tema compartido es la perturbación causada por la figura paterna: en *Balada* esta cuestión se menciona al pasar, aunque en *Gongue* hay un mayor desarrollo sobre la influencia del linaje paterno y de la tradición del “Custodio”. En un nivel estilístico, encontramos que ambas novelas tienden a mezclar distintas voces: en *Balada* tenemos un narrador que no se sirve de rayas de diálogo, de modo que si bien la voz de cada personaje va en una línea distinta, el texto se presenta como un flujo continuo que no se esfuerza por delimitar nítidamente todas las voces (y tampoco hay divisiones en capítulos); por su parte, *Gongue* se estructura bajo la forma del monólogo interno de Gabelio, por lo que todas las voces son incorporadas a través de su propia voz, y en este caso se suma el hecho de que el texto también es un *continuum* sin división en capítulos, pero hay grandes extensiones de párrafos sin puntos aparte, salvo los cortes producidos por usos atípicos del espacio, en los casos de oraciones que sí saltan una línea y usan sangría para su conclusión. Más allá de estas comparaciones puntuales, hay una serie de motivos repetidos entre ambas novelas, consecuencia directa de que refieren el mismo mundo, el Delta Panorámico, en el que hay “flaytaxis”, “flaymotos”, “farphones”, “pantallátors”, “tárbits”, etcétera. Ante este conjunto de opciones, como ya mencionamos, en este trabajo nos interesa recortar un elemento específico: el consumo de Apagámex.

énfasis propio). La escena se repite más adelante: Lerena traga otra pastilla y Boti insiste: “No te vas a curar nunca” (2011: 35). También vemos que ella lleva varios frascos de Apagámex: además de en su mochila, tiene en su “cocheciño” (nombre de un tipo de automóvil del Delta Panorámico). Y, al viajar acompañada por los reproches de Boti, incluso consume la pastilla en los momentos en que se queda sola: “Él se bebe el cafeto. Se va a acostar. Ella se queda un rato jugando un duelo con un robot monedor y le gana veinticinco bits; aprovecha la soledad para tragarse un Apagámex” (2011: 46).

En *Gongue*, tenemos una historia más estática, al menos en lo referido a la motricidad física: ante una inundación, Gabelio Támper debe “gestionar la seguridad de las posesiones [de su jefe], por su valor real y simbólico” (2012: 22), desde lo alto de un montículo improvisado que le permite ser el ojo de un panóptico, que en su funcionamiento efectivo presenta problemas (fundamentalmente por la propia motricidad reducida de Gabelio). Si en *Balada* el narrador está en tercera persona, en *Gongue* el narrador está en primera, se identifica con la voz de Gabelio y estructura la historia bajo la forma de un monólogo interior. En concreto, en la novela no pasa mucho: Gabelio ordena sus “implementos”, vigila el lugar, observa a los sospechosos y a los “piratas” (con quienes incluso interactúa y le regalan un “chocolati”). Pero, en el formato que brinda la introspección, asistimos la descripción de un flujo de pensamiento que afirma y duda, siente y racionaliza, se concentra y se dispersa. En ese devenir incesante y caótico de conciencia, tenemos noticia de los males de salud que aquejan a Gabelio: por un lado, tiene sus dos rodillas maltrechas, a causa de una mala praxis médica:

[...] no me conviene moverme [...] dado la mala pierna y la no tan buena que me han quedado. Una era la pierna que debían operarme del hueso y el médico dejó mala como estaba porque se equivocó de orientación izquierda/derecha, que la sábana me cubría ambas y yo no podía indicarle cuál debía intervenir, porque dormía ya de anestesia; la otra, la pierna que el médico operó en su atolondre y, sana que había estado siempre, con la clavija de maquinio que le implantó el badulaque me la dejó un poco maltrecha. (2012: 8-9).

Por otro lado, Gabelio sufre de dispepsia: “De seguido me entra la dispepsia. Uno tras otro como balines que dispara la batería de mis tripas los eructos desandan la tráquea y me estremecen la boca” (2012: 10). Además, esta enfermedad se manifiesta en el extremo final del aparato intestinal: “si mastico algún bocado me entra la dispepsia y es un desvelo apaciguarla. Luego viene esto de ir a acucillarme con el culo colgando sobre el agua para que, no habiendo aquí

retrete, la corriente se lleve los excrementos” (2012: 15).⁶ A causa de la dispepsia, Gabelio toma unas pastillas, por lo que en su caso sí tenemos una nueva actualización del vínculo enfermedad-medicalización. Sin embargo, el Apagámex entra en la vida de Gabelio a través del consejo de su jefe, cuando éste lo abandona en su puesto de vigilia:

Si la intranquilidad lo desvela mucho, Támper, gritó, tómese una pastilla de éstas. Tengo acá las cápsulas. Apagámex es la marca, por lo que se lee, y aparecen en el informativo del farphonín como muy eficaces. Cuando la gestión se me enrevesa trago un Apagámex y después pasan largos momentos. (2012: 24).

Gabelio luego consume una de las pastillas del Apagámex, y el efecto es contundente: “Hubo un final brusco de la luz” (2012: 27). Este resultado de sopor contrasta con el efecto de la medicación en Lerena, quien consume la pastilla pero no se duerme: podríamos pensar que su internalización de la droga hace que ésta pierda eficacia. Al contrario, el carácter novedoso de la pastilla puede explicar el efecto fulminante sobre Gabelio. De cualquier modo, a lo largo de la historia de *Gongue* percibimos el inicio de una posible adicción del personaje, pues varias veces desea tomar la “pastilla de las de serenarse” (2012: 40) o la “pastilla para olvidar” (2012: 62), distintas formas en que Gabelio piensa en el Apagámex. Podemos citar otro ejemplo en el que también apreciamos la enrarecida sintaxis de Gongue: “Yo quisiera dormir sueño de pastilla para despertar a mí muy tarde” (2012: 63). Incluso, en un momento, Gabelio la ingiere sin voluntad, al confundirla con la medicación para la dispepsia: “Sé, de cierto, que en vez de cápsula para la dispepsia engullí una pastilla de las de serenarme que me suministró el jefe, y ahora puede que en el entretiem po haya perdido cierta certeza de mis ojos” (2012: 40). De este modo, el consumo de Apagámex se convierte en un principio de hábito que, podemos pensar, Gabelio empieza a interiorizar, incluso contra su voluntad.

En ambos casos, por lo tanto, tenemos el consumo de fármacos como práctica recursiva y automatizada. Si en *Balada* el viaje y el empecinamiento de Lerena generan un constante movimiento y la ingesta de pastillas no da lugar al pensamiento sino a la acción, en *Gongue* asistimos a momentos de meditación que entran en tensión con ese consumo irreflexivo. Suerte de meditación cartesiana pero repleto de vaivenes, el monólogo interior de Gabelio resulta una

⁶ Como vemos, en *Gongue* la relación con el cuerpo pone un claro énfasis en lo escatológico, no sólo relativo a Gabelio, sino también al ruano, ese animal propio del Delta Panorámico que lo acompaña: “Es mi hora de orinar, que siempre en mí es hecho caudaloso y entibia el cuerpomente. Procuo coordinarlo con las deposiciones del ruano, para ya que estoy en pie agarrar la pala y aplastarlas contra el barro” (2012: 18).

mezcla de elementos de concentración y dispersión, de afección y racionalización, de dudas y certezas: el propio Apagámex constituye el elemento que incluso interrumpe el flujo del monólogo, con su efecto soporífero, y llena de vacíos el flujo de conciencia.⁷ En estas modulaciones, Gabelio alcanza a descubrir el carácter cultural de su dispepsia. Cuando abandona momentáneamente su puesto de vigilancia, se desprende de su rol social y esa distancia le permite ver la compleja ligazón entre su trabajo y su linaje paterno. Copiamos a continuación un fragmento de cierta extensión, en el que podemos apreciar esas modulaciones del discurso de Gabelio:

Yo sólo me rasco, y rascándome me percato de que todo el mundo es vibración en mi oreja, un oleaje que no pasa ni se acaba, como si la luz lo asediase sin ofrecerle salida, pero resulta ahora que en esa mansa encerrona mis tripas han firmado la paz. No conocía yo que la naturaleza ahogada diera esta bienaventuranza gástrica. No hay cosa hundida que diga desde abajo una vivacidad: esto es agua, y así lo que sacan los piratas del fondo merece ocurrir. Así con los remos sueltos, de golpe malicio que la dispepsia es para mí una enfermedad cultural; se diría la constancia de un compromiso entre el residuo del aliento del Custodio y la gestión protectora de todo lo que abandonaron Custodio y jefe. Tranquilidad gástrica es ausentarse no menos que el Custodio. Pues no estando yo tampoco hay eructos. Ni el mosquito que me mato, despacio para no arremolinar la luz, hace sangre en mi pescuezo. Tan ilusoria se desplaza la barca piratera y tan cerca sin advertirme, que no sólo no existen ellos sino yo tampoco tal vez. (2012: 60-61).

Como vemos, en este fragmento tenemos una pequeña muestra de la dispersión sistemática (valga el oxímoron) del discurso de Gabelio, en el que tenemos un continuo de referencias a distintas cuestiones: la percepción del mundo circundante (así como la duda sobre esa percepción); la auto-percepción del propio cuerpo y sus malestares y mejorías; el relato de las acciones y el desarrollo del pensamiento.

IV. Cierre sin prescripciones

En este recorrido por el “empastillamiento” a través de la literatura revisamos distintas modalidades de uso de fármacos en las letras argentinas contemporáneas, particularmente en las

⁷ Se podría pensar, en esta condición de la narración en la que “se pierden partes”, en el *blackout* propio de las novelas de la serie negra y del cine *noir* norteamericano. Aunque, desde luego, en el caso de *Gongue* los *blackouts* vienen dados por la violencia no de golpes sino de fármacos.

novelas *Balada* y *Gongue* de Marcelo Cohen. Distinguimos dos momentos: por un lado, la ingesta como vía hacia la muerte; por el otro, el consumo irreflexivo ya no como camino a la muerte sino como práctica de la vida cotidiana. Este segundo momento lo encontramos en varias producciones literarias nacionales a partir de la década del noventa y puntualmente en las dos novelas seleccionadas de Cohen. Funciona como disparador para reflexionar sobre el vínculo entre la literatura y las prácticas sociales vigentes en el orden social capitalista del siglo XXI. En este sentido, trazamos una ligazón con el proceso de medicalización abierto con el Modelo Médico Hegemónico que conceptualizan Conrad, Foucault y Menéndez, entre otros.

V. Bibliografía

Aira, César (2012). *El congreso de literatura*, Buenos Aires, Mondadori.

Cohen, Marcelo (2011). *Balada*, Buenos Aires: Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara S. A. de Ediciones.

___ (2012). *Gongue*, Buenos Aires, Interzona Editora.

Conrad, Peter 1982 “Sobre la medicalización de la anormalidad y el control social” en Ingleby, David (comp.) *Psiquiatría crítica. La política de la salud mental* (Barcelona: Ed. Crítica).

Di Benedetto, Antonio (2006). *Los suicidas*, Buenos Aires, Adriana Hidalgo editora.

Faraone, Silvia; Barcala, Alejandra; Torricelli, Flavia; Bianchi, Eugenia; Tamburrino, María Cecilia. (2010): “Discurso médico y estrategias de marketing de la industria farmacéutica en los procesos de medicación de la infancia en Argentina”. En *Interface - Comunic., Saude, Educ., v.14, n.34, p.485-97, jul./set. 2010.* Disponible en <http://www.scielo.br/pdf/icse/v14n34/aop1110>.

Foucault, Michel (1976). “La crisis de la antimedicina o la crisis de la medicina”, en *Educación Médica y Salud*, Vol. 10, N°2.

___ (1977). “Historia de la medicalización”, en *Educación Médica y Salud*, Bogotá, Vol. 11, N° 1.

Herzlich, Claudine y Pierret, Janine (1988). “De ayer a hoy: construcción social del enfermo”, en *Cuadernos Médico Sociales*, Rosario, Centro de Estudios Sanitarios y Sociales, N° 43.

Illich, Iván (1978). *Némesis Médica*, México D. F., Editorial Joaquín Mortiz.

- Luz, Madel T. (1997). *Natural, Racional, Social: Razón médica y racionalidad científica moderna*, Buenos Aires, Lugar Editorial.
- Maggiore, Germán (2001). *Entre hombres*, Buenos Aires, Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara S. A. de Ediciones.
- Marx, Karl (2010). *El capital. Crítica de la Economía Política. Libro Primero: el proceso de producción del capital*, Tomo I, Vol. I, Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores.
- Menéndez, Eduardo (1990) *Morir de alcohol. Saber y hegemonía médica* (México: Alianza Editorial Mexicana).
- Stolkiner, Alicia y Ardila Gómez, Sara (2012). “Conceptualizando la Salud Mental en las prácticas: consideraciones desde el pensamiento de la medicina social/salud colectiva latinoamericanas”, en *VERTEX Revista Argentina de Psiquiatría*, Vol. XXIII, 57 – 67.